

EL TÚNEL BAJO EL RÍO ALMENDARES

Por MARIO VIDAL

LA Habana ha estrenado un túnel en este año 1953, y todavía los poetas no le han cantado, ni los costumbristas le han dedicado la crónica obligada. ¿Será porque un túnel es menos simpático que un puente, y este túnel bajo el río Almendares sustituyó a lo que fué puente en el primer proyecto?

Por lo pronto, el túnel se inundó el primer día de su vida, es decir, el de su inauguración. Tal vez fué una especie de bautismo, o un misterioso contagio, haciéndose el túnel río al sentir al Almendares acariciándole el lomo. Fué un desquite de la Naturaleza ciertamente aleccionador, aunque luego los ingenieros corrigieran el fallo.

El túnel del Almendares—apresurémonos a decirlo—no es alegre. ¿Podía serlo un túnel? Podría, sin duda, haberse hecho una cosa menos sombría—luego explicaremos en qué consiste, a nuestro juicio, lo *sombrio* del túnel—decorando sus paredes con azulejos de colores que representasen paisajes y figuras; pero no ha sido así, y se le ha revestido absolutamente de blanco, de ese azulejo blanco que da la impresión (y en esto consiste lo *sombrio*) de una inmensa sala de operaciones, o de una descomunal y, eso sí, muy higiénica tablajería en que parece que se va a ver de un momento a otro las reses colgando de sus ganchos.

Tanta blancura—complicada con la luz fría de la iluminación—viene a ser como una especie de luto, y el automovilista teme al entrar en el túnel que éste pueda convertirse en pantecón de su carruaje, en un foso del que será imposible salir. Por eso, acelera la marcha tan pronto entre en el túnel, y al salir de él, cuando columbra lo azul al fondo, puede decir, en verdad, que "ve el cielo abierto".

Si: no es lo mismo meterse en un túnel que atravesar un

Junio 28/53 Carlett
Una deliciosa descripción del Túnel del Almendares, donde se anotan por primera vez las reacciones que el propio lector habrá experimentado al cruzarlo.

puente, no es lo mismo saltar sobre un río que hundirse debajo de él; al atravesar un puente, el hombre que va en automóvil siente que vuela, porque el auto se convierte en avión, y la vista abarca desde arriba las cosas; al hundirnos en un túnel, tenemos algo de gusanos. De gusanos de luz, si se quiere, gracias a los focos del automóvil, pero gusanos al fin.

Observad por vosotros mismos el fenómeno que se produce al atravesar el túnel; vais confiados por la avenida, a una marcha regular, haciendo del trayecto un paseo que os permite disfrutar de la brisa y contemplar el día, o gozar el cielo de la clara noche del trópico; en esto, un rumor especial os denota que os acercáis a algo extraño, donde los ruidos se entubán y resuenan con algo de sótano o de catacumba: es que habéis entrado sin daros cuenta en la zona del túnel.

Entonces viene esa impresión de cuarto de baño barato, de salón de duchas inmenso, de sala de desinfección inacabable, esperando una legión de contaminados... Hay que pisar el acelerador, como huyendo de un peligro invisible. No es que pueda agrietarse el túnel, y precipitarse por la grieta el río que pasa por encima; es que tememos quedar encerrados en esa especie de lazareto subterráneo; es que sentimos el escalofrío que produce tan aséptica blancura, y nos parece que vamos a quedar emparedados entre azulejos, hasta que se levante el cordón sanitario... Y al salir, parece que el policía que está plantado allí, estableciendo

una vigilancia rigurosa, nos va a decir: "¡trás! Está prohibido asomarse al exterior". Por fin, pasado el apuro, respiramos tranquilos y regulamos la marcha. Ya estamos en el mundo otra vez.

El habanero no es hombre de túneles, de vías subterráneas. Tiene que andar por descubierto, con mucha luz, mucho ruido y sin ninguna reglamentación. El túnel le obliga a una marcha determinada y le priva del aire libre, del espacio abierto. Cuando el habanero atraviesa el túnel del Almendares se siente un tanto forastero en su propia ciudad, y se pregunta si no está en Nueva York, o en Chicago, o en una de esas ciudades misteriosas de las novelas policíacas, donde se ven gentes raras y ocurren crímenes extraños. El mismo policía que a la entrada y a la salida del túnel cuida de la circulación, tiene algo de enigmático, y no parece ese policía criollo que ayuda a cruzar la calle a la muchacha linda (con el piropo correspondiente), o liquida una trifulca callejera con una frase de sainete.

Tal vez para los enamorados, el túnel, pasado en automóvil, tenga cierto secreto y gustoso temor de aventura, como esos laberintos y montañas rusas de los parques de diversiones; la *comba* que hace el túnel en su centro—porque este túnel hace *saltar a la comba* al río—acaso produce un vértigo que les hace apretarse un poco el uno contra el otro, y luego gozar la salida como quien ha logrado triunfar de una prueba, de uno de esos impedimentos que salen al paso

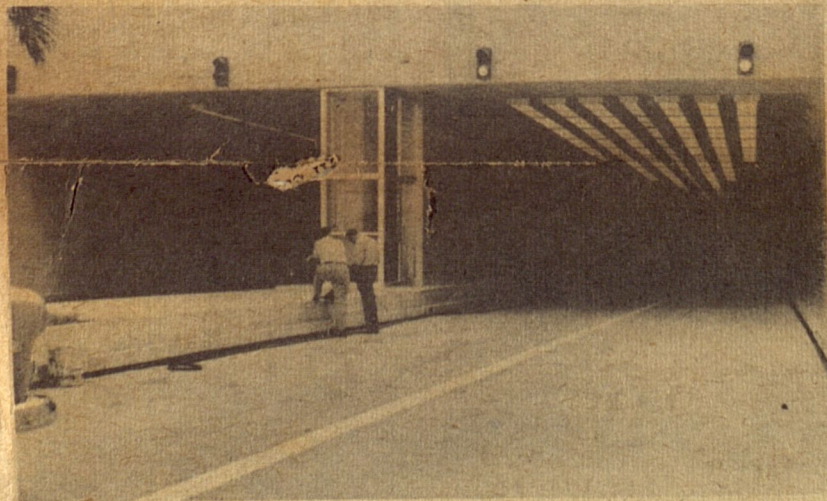
de todo amor para malograrlo.

Se piensa con miedo en lo que sería un "tranque" de automóviles dentro del túnel, una avería, un choque, aunque todo está previsto, según parece, y el percance sería remediado al punto con disposiciones eficaces. De todos modos, el automovilista al acelerar dentro del túnel obedece al mismo impulso del jinete que mete espuela a su cabalgadura al cruzar en la noche por el lugar donde robaron a un caminante, o anda el *ánima sola*...

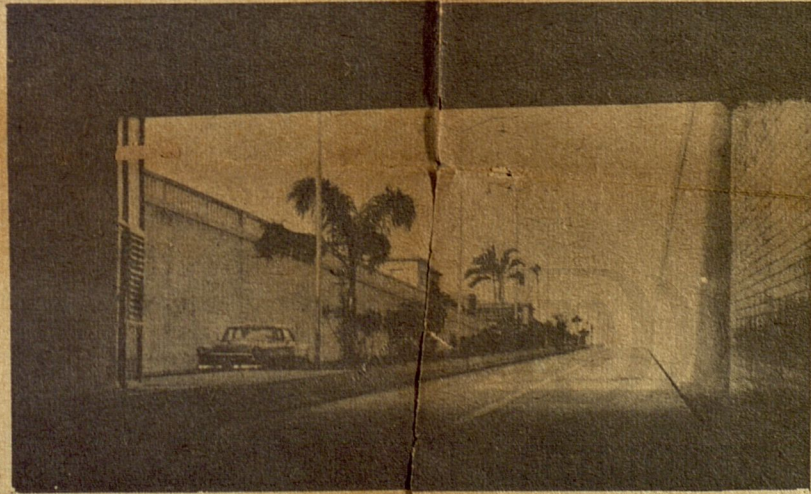
* * *

Hubiera sido mucho mejor un puente. El puente es siempre más alegre. Se puede enguinaldar, se puede erigir arcos de baranda a baranda, se puede izar banderas y gallardetes flameando al viento. El puente es un saludo de recepción jubilosa; el túnel es siempre una despedida, una desaparición, siquiera sea momentánea. Cierzo que hay algo de voluptuosidad en sumergirse para reaparecer de nuevo: ése es el único encanto que puede tener el nuevo túnel, el de hundirse y volverse a levantar en unos segundos, comprobando que lo malo que pueda venirnos en la vida no es más que un susto que se pasa pronto.

Con todo, nosotros decoraríamos interiormente el gran túnel habanero, poniéndolo a tono con la ciudad; convertiríamos sus paredes en grandes murales con paisajes y frutos de nuestros campos. Proyectaríamos sobre él una luz optimista—no esa luz doblemente fría que lo enlóbreguee—, procuraríamos, en fin, convertirlo en algo así como la gruta de la dicha, o el país de las maravillas. Aunque es posible que esté mejor como está, para que el habanero se dé cuenta al meterse en él y salir otra vez, de que el país de las maravillas es realmente el de fuera, toda Cuba. Maravilloso país siempre, sin necesidad de estas modernas maravillas de los túneles caminando por debajo de los ríos.



...cuando nos hundimos en el túnel tenemos algo de gusanos... de gusanos de luz, gracias a los focos del automóvil...



A la salida, vemos el cielo abierto...